

entrar en el reino de Dios sino aquel, que haya renacido de agua y de Espíritu Santo (1).

Al 5.º que segun San Agustin (Sup. Gen. ad litt. l. 1, c. 8), por aquellas tres cosas se designan las tres maneras de ser de las cosas: 1.ª la existencia de las cosas en el Verbo por la palabra *hágase* (*fiat*); 2.ª su existencia en la mente angélica por la espresion *fué hecho* (*factum est.*); 3.ª su existencia en la propia naturaleza al decirse *hizo* (*fecit*); y, como en el primer día se describe la formacion de los ángeles, no fué menester añadir allí que los hizo (*fecit*). Segun los otros, se puede decir que las palabras, *Dios dijo, hágase*; entrañan el mandato de Dios, para hacer; y la frase (*factum est*) *quedó hecho* implica el complemento de la obra. Pero convino se esplicara cómo fué hecho, principalmente porque ha habido quienes pretendieran que todas las cosas visibles han sido hechas por los ángeles; y para prevenir este error, se dice espresamente ademas que es Dios mismo quien las hizo: por lo cual acerca de cada obra despues de haber dicho, *y fué hecha*, se especifica de uno ú otro modo la accion de Dios, diciendo: *hizo ó distinguió ó llamó ó algo semejante*.

Al 6.º que al decir de San Agustin (Sup. Gen. l. 4, c. 22 y 30) se entiende por la tarde y la mañana el conocimiento vespertino y matutino de los ángeles, sobre lo cual véase (C. 58, a. 6 y 7): ó segun San Basilio (Hom. 2 in Hexam.)

(1) La Iglesia en la solemne bendicion de la pila bautismal el día de Sábado Santo invoca á «Dios, cuyo Espíritu era llevado sobre las aguas en los mismos primeros comienzos del mundo, para que ya entónces la naturaleza de las aguas recibiese la virtud de la santificacion...»: y San Ambrosio (*De Fide ad Gratianum*, l. 2) hace la misma aplicacion al Sacramento del Bautismo.

(2) Entre nosotros es harto comun el uso preferente del número cardinal en reemplazo del ordinal en las fechas, en la numeracion de los edificios y en la mayoría de los casos, en otras razones por mayor brevedad y laconismo: nadie dice, por ejemplo, día vigésimo octavo, sino veintiocho. Pero respecto del uno milita ademas la circunstancia no desatendible aun para el más rigorista gramático de que una sola cosa no constituye orden, toda vez que este supone pluralidad: así,

hay la costumbre de designar generalmente todo el tiempo bajo la denominacion de la palabra día, que espresa la parte principal. Así Jacob dice *días de mi peregrinacion* sin hacer mencion alguna de la noche, la tarde y la mañana, pues son tomadas por los términos del día, del cual es principio la mañana, y la tarde el fin: ó bien, por la tarde se denota el comienzo de la noche, y por la mañana el principio del día. Fué conveniente que, al esponer la distincion primera de los seres, no se designase sino los principios de los tiempos; y se habla ántes de la tarde, porque, habiendo comenzado el día por la luz, la tarde, que es el término de la luz, se presenta ántes que el fin de las tinieblas y de la noche, que es la mañana. Puede tambien decirse con San Juan Crisóstomo (Hom. 5 in Gen.) que se quiso indicar que el día natural no se finaliza por la tarde, sino por la mañana.

Al 7.º que en la primera institucion del día se dice uno, para indicar que el espacio de 24 horas constituye un día, prefiriéndose así por la palabra uno la medida del día natural. Quizá se propusiera significar que el día se completaba por el regreso del sol á un solo y mismo punto; ó tal vez que terminada una setena de días se vuelve á contar el primer día, que así viene á ser el mismo octavo. Estas tres razones son de San Basilio (Hom. 2 in Hexam.) (2).

cuando nace el primer niño de un matrimonio, se dice de sus padres que «ya tienen un hijo» y no «el primer hijo». Tanto es esto así, que los adversarios de la pureza de la Santísima Virgen suelen explotar el dictado de Primogénito atribuido á Jesús en el Evangelio (Luc. 2, 7), arguyendo que en él se entraña la idea de un segundogénito, porque (dicen) no hay primero sin segundo; y efectivamente en el hecho mismo de decirse primero parece comenzarse á contar, suponiendo más de un objeto. Y bien: al narrar la obra del día primero, no habia precision de insinuar empezaba una serie de días, lo cual no podia ménos de entenderse al contar un nuevo día. La propiedad ó incorreccion podria tildarse en caso de referencia á cualquiera otro, que no fuese el primero. Resulta pues en definitiva que ni siquiera se falta en el relato mosaico á precepto alguno gramatical.

CUESTION LXXV.

Del hombre, que es compuesto de una sustancia espiritual y otra corporal; y en primer lugar de lo perteneciente á la esencia del alma (1).

Despues de haber tratado de la criatura espiritual y corporal, debemos hablar del hombre, que está compuesto de dos sustancias espiritual y corpórea. Examinaremos ántes su naturaleza, y luego su produccion. Al teólogo pertenece estudiar la naturaleza del hombre en cuanto al alma, mas no en cuanto al cuerpo (2), sino en razon de las relaciones de éste con el alma (3). Por este motivo será el primer objeto de discusion el alma: y, como segun San Dionisio (De ang. hier. c. 2) hay en las sustancias espirituales tres cosas, la esencia, la potencia y la operacion, consideraremos: 1.º lo que atañe á la esencia del alma; 2.º lo que se refiere á su virtud, ó sean, sus potencias; 3.º lo que concierne á su operacion. Respecto de su esencia examinaremos: 1.º el alma en sí misma, y 2.º su union con el cuerpo; dedicando á la primera de estas dos consideraciones siete artículos: 1.º El alma es cuerpo?—2.º El alma humana es alguna cosa subsistente?—3.º Las almas de los brutos son subsistentes?—4.º El alma es el hombre? ó más bien, el hombre es un compuesto de alma y cuerpo?—5.º Es compuesta de materia y forma?—6.º El alma humana es incorruptible?—7.º El alma es de la misma especie que el ángel?

ARTÍCULO I.—El alma es un cuerpo? (4)

1.º Parece que el alma es un cuerpo; porque el alma es el motor del cuerpo; pero no hay motor, que no sea movido, ya porque parece que ningun ser puede mover, no siendo él movido; pues no se da á otro lo que no se tiene, como no calienta lo que no es cálido; ya porque, si hay algun ser que mueve sin ser movido, produce un movimiento perpétuo é invariable, como lo prueba Aristóteles (Phys. l. 8, t. 45); lo cual no se observa en el movimiento del animal procedente del (5) alma. Luego el alma mueve siendo

movida; y, como todo motor que es movido es un cuerpo, se deduce que el alma es cuerpo.

2.º Todo conocimiento se adquiere por alguna semejanza; pero no puede haberla entre un cuerpo y un ser incorpóreo. Por consiguiente, si el alma no fuera cuerpo, no podria conocer las cosas corporales.

3.º Es preciso que el motor esté en contacto (6) de alguna manera con el objeto que mueve: pero solamente los cuerpos pueden estarlo. Por consiguiente, puesto que el alma mueve al cuerpo, parece que es cuerpo.

Por el contrario, dice San Agustin

mortal: anatematizados por Inocencio III en el Concilio de Letran, y en pugna con las declaraciones testuales del Salvador (Luc. 24, 39): *palpad y ved, que el espíritu no tiene carne y huesos, como veis tengo yo*, y (Luc. 23, 46): *en tus manos encomiando mi espíritu*.

Al tratar sobre la naturaleza del alma los Filósofos, á fin de proceder con mayor claridad y laconismo, suelen principiar por definir las nociones de *materia* y *espíritu*; entendiéndose por *materia* ó *cuerpo* (que aquí es igual) una sustancia estensa, compuesta, divisible, sólida, inerte y figurable; y por *espíritu*, una sustancia inestensa, simple, activa, sin figura alguna, dotada de la facultad de entender y querer.—M. C. G.

(5) El movimiento no el animal.

(6) Ya sea material é inmediato, ó bien mediato ó por asi-

(1) Aquí empieza el *Tratado* que pudiéramos llamar *Del hombre*, como al precedente desde la C. 65 *De la creacion* y al anterior desde la C. 50 *De los ángeles*. El autor sin embargo no ha espresado esas denominaciones, señalando únicamente sin duda por su carácter eminentemente teológico el *Tratado de la Trinidad*, que comienza así encabezado en la pág. 242, C. 27.

(2) Lo cuales de la incumbencia directa de la Anatomía, Organografía y Fisiología, como lo es de la Psicología el estudio filosófico del alma.

(3) Y mediante ella con Dios.

(4) Contra los heréticos errores de los materialistas, saduceos y tertulianistas, para quienes el alma no es espíritu, sino cuerpo ó corporea sustancia, y por consiguiente corruptible y

(De Trin. l. 6, c. 6) que « el alma es simple *simplex dicitur* (1) respecto del cuerpo, porque no se extiende en volumen por espacio local » (2).

Conclusion. *El alma, como primer principio que es de vida en los vivientes que conocemos, no puede ser cuerpo, sino acto de cuerpo.*

Responderemos, que para investigar cuál es la naturaleza del alma, conviene presuponer que se dice ser alma el primer principio de vida, que anima á todos los seres vivientes; pues llamamos animados á los seres que viven, é inanimados á los que carecen de vida. Esta se manifiesta principalmente por dos operaciones, *conocimiento y movimiento*. Los antiguos filósofos, no comprendiendo facultades superiores á la imaginación, suponían que el principio del conocimiento y del movimiento, era algún cuerpo; y aún decían que solo eran seres los cuerpos, y no lo que no es cuerpo; deduciéndose de aquí que el alma era algún cuerpo. Aunque se puede demostrar de muchas maneras la falsedad de esta opinión, no emplearemos más que un solo razonamiento, por el cual se hace evidente con más amplitud y seguridad, que el alma no es cuerpo: porque es bien notorio que no es alma cualquier principio de operación vital, pues en tal caso sería alma el ojo, que

milación; ó, como esplica en la respuesta, cuantitativa ó virtualmente: si bien según Aristóteles (Phys. l. 7, t. 10) el contacto ha de ser necesariamente inmediato; lo cual es indudable, pero entendiéndose que el objeto interpuesto (caso de haberlo) erigiese en motor inmediato por virtud del movimiento recibido del agente ó motor, que mediante él lo transcribe.

(1) La edición áurea y algunas otras dicen *simpliciter* en vez de *simplex*, lo que no nos parece aceptable, ni ménos preferible.

(2) Hé aquí por qué *materia*, siendo *estensa*, no puede entenderse, que es propio del alma. Todo lo *estenso* es divisible é inerte; mas el *entender* es cosa simple, inestensa y activa. Si el *entender* fuese una propiedad de la estension, divisibilidad, etc., nunca podríamos tener la percepción de todo un objeto; porque, ó cada una de las partes percibirían dicho todo, ó esto lo haría cada una de ellas en particular con relación á cada una de las partes del todo: si lo 1.º, no resultaría una, sino infinitas y diversas percepciones; mas si lo 2.º, siendo las partes distintas, la que de estas percibiese un extremo, no podría percibir al otro... Luego nunca conocería todo el objeto. Si Pedro percibiese la cabeza de una estatua, Pablo las manos, Andrés el pecho, Juan los pies, etc. ¿Llegaría ninguno á tener de tal conjunto una idea cabal de la estatua? El cuerpo, pues, siendo estenso puede ser el alma.—M. C. G.

(3) Alude visiblemente al corazón, como órgano central y primordial de la circulación sanguínea ó principio de la sangre, como indica (De part. animal. l. 3, c. 4) Aristóteles; pues, aunque los antiguos no conocían el mecanismo de la circulación, cuyo inventor se cree haber sido el famoso médico Servet, víctima en Ginebra de la fanática intolerancia de Calvino, sí tenían cierta idea del papel importantísimo, que el

es cierto principio de la visión, y lo mismo pudiera decirse de los demás instrumentos del alma. Decimos sí que es alma el primer principio de vida; aunque algún cuerpo pueda ser cierto principio de vida, como lo es el corazón en el animal: sin embargo algún cuerpo no puede ser primer principio de vida; porque es evidente que el ser principio de vida ó viviente no es cosa que conviene al cuerpo, precisamente por ser cuerpo: de otro modo todo cuerpo sería viviente ó principio de vida. Conviene pues á algún cuerpo ser viviente ó aún principio de vida, por ser tal (3) cuerpo; y lo que es tal en acto lo es en virtud de algún principio que se dice acto suyo. Por consiguiente, *el alma, que es principio de vida, no es cuerpo sino acto del cuerpo*; á la manera que el calor, que es principio de la calefacción, no es cuerpo, sino cierto acto de un cuerpo (4).

Al argumento 1.º diremos, que como todo lo que se mueve es movido por otro y esto no puede prolongarse al infinito, hácese necesario admitir que no todo motor es movido; porque, consistiendo el ser movido en pasar de la potencia al acto, el motor da al móvil lo que él tiene, en cuanto le hace existir en acto. Ahora bien: según se demuestra (Phys. l. 8, *ibid.*), hay un motor absolutamente inmóvil, que no es movido ni por sí mismo, ni

corazón desempeña en la vida orgánica.

(4) Lamentábanse los antiguos físicos de que, sin embargo de no haber en la naturaleza un cuerpo, cuyos efectos fueran tan conocidos y sensibles como los del fuego, su esencia, por más que atentamente era examinada, permanecía siempre impenetrable. Mas los modernos, desde Black, que fué el primero que descubrió la naturaleza del oxígeno, ya se glorian de haber resuelto la cuestión, diciendo: que el fuego es un cuerpo encendido, cuyas partes se desunen, produciendo así la llama, el humo y el vapor; siendo el principio del fuego un fluido sutilísimo, raro, elástico, leve, que, hallándose extendido por todo el universo, penetra los cuerpos con mayor ó menor facilidad, y á no ser impedido por causas estrañas tiende al equilibrio. A este principio, por falta de otro nombre más adecuado, unos le llamaron *materia inflamable*, otros *materia del calor*, y algunos, por último, simplemente *calórico*; y esto, con el fin de distinguir el efecto, ó sea el calor, de la causa que á este produce. Fundado en esta teoría creemos, que el A. Doctor dice: que el calor que es principio de la calefacción, no es cuerpo, sino cierto acto de un cuerpo. Sin embargo en el fuego deben notarse dos efectos diversos, el calor y la luz, de que ya se ha hablado en el art. 2.º de la C. 67; debiendo notarse, que dichos efectos pueden encontrarse ya juntos, ya separados; pues nos enseña la experiencia que la luna y las estrellas, sin suministrarnos calor, nos dan luz, mientras que á veces hay cuerpos que calientan sin producir iluminación. Por eso dice el Santo, que el calor es el principio de la calefacción, sin mentar para nada la iluminación: y es porque sabía de antemano que puede existir luz sin calor, y calor sin luz, según la experiencia de nuestros sentidos.

M. C. G.

ARTÍCULO II. — El alma humana es alguna cosa subsistente? (2)

1.º Parece que el alma humana no es cosa subsistente; porque lo que es subsistente se dice tal cosa (*hoc aliquid*); pero el alma no es tal ser (*hoc aliquid*), sino que lo es el compuesto de alma y cuerpo. Luego el alma no es un ser subsistente.

2.º Todo lo que es subsistente, puede decirse que obra: más no se dice que el alma obra; pues (De anima, l. 1, t. 64) « decir que el alma siente ó entiende equivale á decir que teje ó edifica (3) ». Luego el alma no es un ser subsistente.

3.º Si el alma fuese una cosa subsistente, podría darse alguna operación suya sin el cuerpo; más no existe tal operación, ni aún el entender, puesto que no conoce sino por medio de imágenes, las cuales suponen siempre un cuerpo. Luego el alma humana no es algún ser subsistente.

Por el contrario, San Agustín dice (De Trin. l. 10, c. 7): « Todo el que ve » que la naturaleza del espíritu es por una parte sustancia y por otra no corpórea, ve en eso mismo que los que la creen corpórea están en un error; porque que la atribuyen cosas, sin las cuales no pueden concebir sustancia alguna », esto es las imágenes de los cuerpos. Según esto la naturaleza del espíritu humano no sólo es incorpórea, sino también sustancia, es, decir, algo subsistente.

Conclusion. *El alma humana, que también se llama inteligencia ó mente, como cognoscitiva de los cuerpos, es incorpórea y subsistente.*

Responderemos, que es necesario reconocer que lo que es el principio de la ope-

accidentalmente; y este es el motor que puede imprimir un movimiento siempre uniforme: pero hay otro motor, que, si bien no es movido por sí mismo, lo es accidentalmente, y que por este motivo no imprime un movimiento constantemente uniforme; y este motor es el alma: en fin hay otro motor, que es movido por sí mismo; tal es el cuerpo. Los antiguos naturalistas (1), que no creían existiesen otros seres que los cuerpos, supusieron que todo motor es movido, y que el alma es movida por sí misma y es cuerpo.

Al 2.º que no es necesario que la semejanza de la cosa conocida esté en acto en la naturaleza del sujeto que la conoce. Pero, si hay algún ser que primeramente conoce en potencia y después en acto, necesariamente la semejanza del objeto conocido no está en acto en la naturaleza del que conoce, sino solo en potencia; como el color no está en acto en la pupila, y sí solo en potencia: por lo que no es indispensable que en la naturaleza del alma se halle la semejanza de los cuerpos materiales en acto, sino que ella esté en potencia respecto de tales semejanzas; más, como los antiguos naturalistas no sabían distinguir entre el acto y la potencia, suponían que el alma es un cuerpo, para explicar cómo conoce todos los cuerpos, y que está compuesta de los principios que los constituyen.

Al 3.º que hay dos modos de contacto; cuantitativo y virtual: según el primero un cuerpo no está en contacto sino con otros cuerpos; pero del segundo puede estarlo con un ser incorpóreo que lo mueva.

(1) O materialistas.

(2) « Santo Tomás establece de antemano con la solidez que le caracteriza, todas aquellas verdades psicológicas, que mirarse deben como las premisas naturales y necesarias para la deducción legítima de la inmortalidad del alma... le vemos aducir toda clase de pruebas y argumentos en favor de la simplicidad é inmaterialidad de nuestra alma, removiéndole de ella no solo la razón de cuerpo, sino toda composición de materia y forma, para establecer después no solo su espiritualidad é inmortalidad, sino también las condiciones de su origen y existencia ». P. Ceferino (*Estudios...* l. 4, c. 3, pág. 229). Hé aquí en resumen el objeto final de toda esta cuestión. En este artículo quedan refutados los errores de los llamados herejes libertinos, que decían que « nuestras almas nada son »; y de los arábigos y saducéos, con quienes de acuerdo Ritsch pretendía que « el alma del hombre se disuelve juntamente con el cuerpo á la muerte de este », si

bien no era el mismo el modo de pensar de todos ellos acerca de la resurrección del alma misma. Leon X en el Concilio de Letran (ses. 8) condenó esa doctrina y cuantas opiniones combatiesen ó simplemente pusieran en duda la inmortalidad del alma intelectual.

La palabra *subsistir*, como oportunamente advierte el C. Cayetano en este lugar, debe tomarse aquí su contraposición de la existencia de la forma material, que existe en la materia de tal modo, que no sostiene su ser, sino que se constituye en ser por la materia en que está: de manera que para decirse que *subsistía*, era preciso estuviese en la materia sin que su existencia dependiese de ella.—M. C. G.

(3) « Preferible es en todo caso (añade) decir que el hombre siente ó piensa » por medio del alma, é insinúa también además que no puede entender sin imágenes ni el alma ni por ella el hombre, en lo cual estriba la objeción ó argumento 3.º

ración intelectual y que llamamos alma del hombre es cierto principio incorpóreo y subsistente. En efecto es notorio que el hombre puede conocer por su entendimiento las naturalezas de todos los cuerpos; y lo que puede conocer algunas cosas, nada de ellas debe tener en su (1) naturaleza, porque lo que naturalmente estuviese en ella impediría el conocimiento de lo demás: así vemos que la lengua de un enfermo impregnada de bilis y de humor acre no puede percibir sabores dulces y todo le sabe amargo. Si, pues, el principio intelectual tuviese en sí la naturaleza de algún cuerpo, no podría conocerlos todos: y, como todo cuerpo tiene alguna naturaleza determinada, es imposible en consecuencia que el principio intelectual sea cuerpo; como lo es asimismo que conozca por medio de un órgano corporal; puesto que (2) la naturaleza determinada de este órgano le impediría conocer todos los cuerpos, como si algún color determinado está no solamente en la pupila, sino también en un vaso de vidrio, el líquido contenido en él parece del mismo color. Así, pues, el primer principio intelectual, al que damos los nombres de mente ó entendimiento tiene *per se* su operación propia sin participación del cuerpo. Pero ningún ser puede obrar por sí mismo, si no subsiste por sí mismo; toda vez que el obrar es exclusivo de un ente en acto. De donde se infiere que cada ser obra según su modo de ser; y por eso no decimos que el calor calienta, sino lo cálido. *Queda pues demostrado que el alma humana, que también llamamos entendimiento ó mente, es algo incorpóreo y subsistente.*

Al argumento 1.º dirémos que tal cosa (*hoc aliquid*) puede entenderse de dos modos: por un ser subsistente cualquiera (3) ó por sustancia completa en la naturaleza de alguna especie. En el primer sentido excluye la inherencia de ac-

(1) Ó según Anaxágoras tiene que estar exento de toda mezcla *immixtus* ó *ad alitis impermixtus*.

(2) Nicolai inserta la palabra *etiam* antepuesta á *natura*: parece redundante, ó más bien intempestiva. En la edición áurea leemos en cambio *si esset natura*, adición perfectamente compatible con y aún conducente á la claridad del pensamiento, pero que no vemos sancionada por otras ediciones.

(3) De cualquier modo que subsista, aún como parte de un todo, á la manera que un miembro ú órgano del cuerpo, con tal no más que pueda ser considerado siquiera como indi-

cientes y de forma material; y en el segundo excluye aún (4) la imperfección de alguna parte; así la mano puede decirse *hoc aliquid* del primer modo, más no del segundo. Siendo pues el alma humana una parte de la especie humana, puede decirse *hoc aliquid* en el primer concepto como subsistente; no empero en el segundo, en que se dice *hoc aliquid* el compuesto de alma y cuerpo.

Al 2.º que Aristóteles no emite en aquellas palabras su propia opinión, sino la de aquellos que decían que entender es ser movido, como hacen ver las que allí preceden. O bien puede decirse que obrar por sí conviene al ser existente por sí mismo; y si bien á veces puede decirse existe por sí lo que no está inherente á otra cosa, como el accidente, ó como la forma material aún cuando sea parte; pero subsistente por sí y con propiedad se dice lo que ni está inherente del modo dicho, ni es parte: en cuyo sentido no pueden decirse subsistentes por sí el ojo ó la mano, ni por consiguiente que obran por sí. Así es que las operaciones de las partes se atribuyen por partes al todo; como decimos que el hombre ve por el ojo y palpa mediante la mano, de diverso modo que lo cálido calienta por el calor: pues hablando propiamente, el calor de ningún modo calienta (5). Puede pues, decirse que el alma entiende, como el ojo ve; pero más propiamente que el hombre entiende por el alma (6).

Al 3.º que el cuerpo se requiere para la acción del entendimiento, no como órgano con el que se ejecuta tal acción, sino por razón del objeto; porque las imágenes sensibles son al entendimiento lo que el color á la vista: y en este concepto necesitar del cuerpo no excluye que el entendimiento sea subsistente: de no ser así, el animal no sería algo subsistente porque tiene necesidad de cosas sensibles exteriores para sentir.

viduo parcial é incompleto en sí mismo, cual lo son un ojo ó un pié: es decir, que solo es un ser determinado (*hoc aliquid*) el individuo completo ó incompleto.

(4) Ó hasta. En algunas ediciones falta aquí *etiam*, que sobra en el lugar de la nota 13, lo cual da margen á sospechar si tal vez los cajistas lo habrán inconscientemente transplantado, pues tan necesario parece aquí como allí superfluo.

(5) Porque más bien que acción es el efecto de esta ó del agente, que es el fuego ó cuerpo ya cálido en acto.

(7) Véase la nota 3, pág. 583.

ARTÍCULO III.—Las almas de los brutos animales son subsistentes? (1)

1.º Parece que las almas de los brutos animales son subsistentes, porque el hombre conviene en género con los otros animales. Pero el alma del hombre es cosa subsistente, como se ha demostrado (a. 2). Luego las almas de los otros animales son también subsistentes.

2.º La sensibilidad es á las cosas sensibles lo que la inteligencia á las inteligibles. El entendimiento conoce las cosas inteligibles sin el cuerpo. Luego el sentido percibe también las cosas sensibles sin él: y como las almas de los animales son sensitivas dedúcese que son subsistentes por la misma razón, por la que lo es el alma humana, que es intelectiva.

3.º El alma de los animales brutos mueve su cuerpo; pero el cuerpo no mueve, sino que es movido. Luego el alma de los brutos ejerce alguna operación sin el cuerpo.

Por el contrario, dicese (De Eccles. dogm. (2) c. 16 y 17) «creemos que solo el hombre tiene alma sustantiva y que no lo son las almas de los animales».

Conclusion. *Las almas de los brutos no son subsistentes, pues no obran por sí mismas.*

Responderémos que los antiguos filósofos no establecían distinción alguna entre la sensibilidad y el entendimiento,

atribuyendo una y otro á un principio corpóreo según lo dicho (C. 50, a. 1). Platon sin embargo distinguió entre la inteligencia y la sensibilidad, pero atribuye ambas á principio incorpóreo, suponiendo que lo mismo que el entender el sentir compete al alma por razón de sí misma: de lo cual infería que también las almas de los animales brutos son subsistentes. Mas Aristóteles (De anima, l. 1, t. 66; y l. 3, t. 6 y 7) supuso que el entender era entre todas las operaciones del alma la única, que se ejerce sin los órganos corpóreos: pero el sentir y las operaciones consiguientes del alma sensitiva se verifican visiblemente con alguna alteración del cuerpo: como la pupila en la visión es modificada por la especie del color, y lo mismo se nota en los demás sentidos. Es pues evidente que el alma sensitiva no tiene por sí misma operación alguna propia, sino que todas se deben al conjunto. *De donde resulta que las almas de los animales brutos, puesto que no obran por sí mismas, no son subsistentes: toda vez que la existencia y la operación de cada ser son semejantes (3).*

Al argumento 1.º dirémos que aunque el hombre sea del mismo género (4) que los demás animales, difiere no obstante en especie, y la diferencia de especie se toma de la forma: por lo tanto no toda diferencia de forma constituye necesariamente diversidad de género (5).

de los irracionales sin degenerar en mero autómatas, goza de la facultad de sentir, percibir y conocer los objetos; ora se afirme como su natural dote la propiedad de imaginar, recordar, apetecer, etc.; si por otra parte experimentalmente consta, que por sí misma no es capaz de ejercer operaciones independientes del cuerpo sensible, claro será que tales funciones la colocan fuera de la duda que dió origen á tantas sentencias, al querer explicar sus diferencias y afinidades con el alma intelectual y racional del hombre, la cual por sí é independientemente ejecuta acciones propias de su naturaleza.

M. C. G.

(2) Obra malamente atribuida á San Agustín y cuyo autor según los críticos fué Genadio, obispo de Marsella é historiador, que vivió en el siglo v.

(3) Según el tan sabido proloquio filosófico (*operatio sequitur esse*): «cual es el ser, tal es su operación».

(4) No en el sentido estricto que actualmente se da á la palabra *género* en las clasificaciones zoológicas como subtribus, sino en el más lato usado por los antiguos y que viene á ser lo que Linné y Cuvier denominan *reino animal*.

(5) Ni aún de especie, toda vez que según los modernos naturalistas más acreditados constituyen una sola especie todos los individuos, cuyos caracteres esenciales comunes se perpetúan por la generación: y, siendo la especie un subgénero, claro es que supone menor diversidad de caracteres comunes ó (acomodándonos al lenguaje ménos técnico de las antiguas escuelas y en particular del escolasticismo) menor número de diferencias ó propiedades diferenciales.